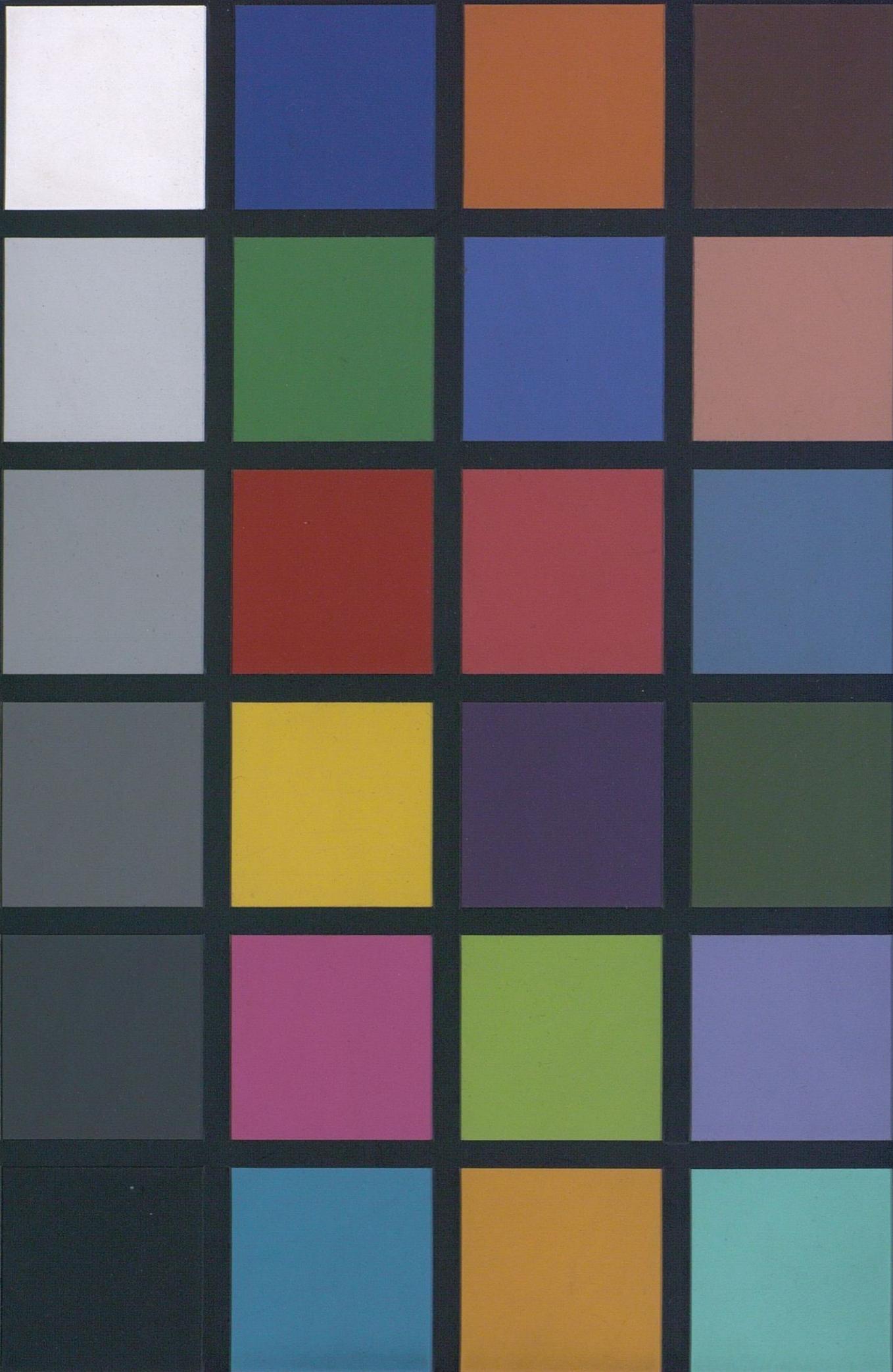


x:rite

colorchecker CLASSIC



A-675-7

MEMORIA

R. 38.104

LEIDA

EN EL ATENEO DE ZARAGOZA

CON MOTIVO DE LA APERTURA

DE LA SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

por el Secretario primero de la misma

CÁRLOS VARA AZNAREZ



Curso de 1883-84.



ZARAGOZA

TIPOGRAFÍA DE ZACARIAS R. PRIETO

Coso, 61, junto al Teatro-Principal

1884

A. 675-7

MEMORIA

R. 38.104

LEIDA

EN EL ATENEO DE ZARAGOZA

CON MOTIVO DE LA APERTURA

DE LA SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

por el Secretario primero de la misma

CÁRLOS VARA AZNAREZ



Curso de 1883-84.



ZARAGOZA

TIPOGRAFÍA DE ZACARIAS R. PRIETO

Coso, 6r, junto al Teatro Principal

1884

T 188992

C 1146398

Al Sr D. Francisco Hernandez
de Navarrete

En prueba de respeto y consideración

El Autor

Sr. D. Rafael Valenzuela y Sanchez-Muñoz.

Las deferencias de que siempre he sido objeto por parte de V., las distinciones que de V. he recibido, y la sincera amistad que me profesa; causas son, distinguido señor y amigo mio, que me obligan á estar agradecido y á corresponder de algun modo á tan inequívocas muestras de aprecio.

Por eso, ya que merced á las instancias de unos y de otros, y principalmente para que la puedan discutir mejor los socios del Ateneo, me veo precisado á publicar esta MEMORIA, he pensado que lo más á propósito para demostrar mi reconocimiento era dedicarla á V.

Yo le ruego, pues, que acepte esta dedicatoria como la más segura prenda de mi gratitud, y así proporcionará V. la mayor satisfaccion á su afectísimo s. s.

Q. B. S. M.

Carlos Vaca Aznarez.



Sr. D. Carlos Vara Aznarez.

*Amigo mio muy querido: Acepto su dedicatoria,
y con toda mi alma la agradezco.*

*Crea V., sin embargo, que la buena y sentida
amistad que le profeso, la encuentro muy bien pa-
gada con la que V. me manifiesta, que amistad que
procede de un jóven que tanto vale como V., es de gran
precio y singular valia.*

Siempre suyo afectísimo

R. Valenzuela.



SEÑORES:

Al dirigiros en estos momentos la palabra, las primeras frases que acuden á mis lábios son frases de agradecimiento, porque siempre tiene que ser agradecido aquel que, sin merecimientos por su parte, recibe honrosas distinciones como la recibí yo de vosotros cuando me nombrasteis Secretario primero de la Sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo.

Y faltame ya tiempo para añadir en seguida cuánto me asusta y entumece la enorme empresa que habeis encomendado á mis fuerzas, débiles y pequeñas como mias; porque quisiera poseer talento suficiente y manejar con flexibilidad bastante la lengua castellana para bosquejaros aquí completo cuadro de la atmósfera social que nos rodea. Difícil y por demás excepcional y crítica es la situación porque atraviesa la humanidad en el presente siglo. Siglo, señores, se llama de las luces; siglo se apellida de los adelantos; siglo quiere ser que conduce y guía á la especie humana por senda segura para alcanzar la suprema ciencia de su destino impenetrable; y sin negar yo, porque sería vano empeño tal locura; sin negar yo lo mucho que este siglo progresa y adelanta, y los grandes bienes que al hombre ha repor-

tado, va á serme permitido que declare que el progreso que hoy priva y que la humanidad ha conseguido en nuestros días, es un progreso mediocre y deficiente, como que su virtud tan solo alcanza á una de las esferas, y no en verdad la más excelente, de la vida.

No, señores; no estrañeis que os diga que la civilización actual es eminentemente positivista. Deslumbra y maravilla el desarrollo material de nuestro tiempo; las obras gigantescas que hoy se construyen (1) recuerdan con ventaja los circos romanos y las pirámides de Egipto; el vapor y la electricidad han suprimido las distancias; la química sorprende con sus experimentos; la luz eléctrica quiere sustituir con sus rayos los del sol; el hombre descende hasta investigar el fondo de los mares; se eleva por los aires y pretende dar dirección á los globos; sondea las entrañas de la tierra y socava moles inmensas de granito; mira á los celestes espacios y con el telescopio se entretiene en averiguar las leyes á que obedecen las estrellas; pero prescindid, si quereis, de todo esto; haced caso omiso de los brillantes atavíos con que aparecen las sociedades modernas, penetrad en su fondo, y las hallareis carcomidas por el veneno de la duda y por el cáncer destructor del indiferentismo. Duda sistemática, absoluta; indiferentismo religioso, moral, filosófico, social, político. La inteligencia dudosa; el hombre indiferente: hé aquí los dos males causa y resumen de todos los que aquejan á este siglo.

Ya no hay creencias. La fé, se dice, no es propia de esta civilización: los dogmas, se añade, son incompatibles con el progreso de hoy. Hablad sinó á los hom-

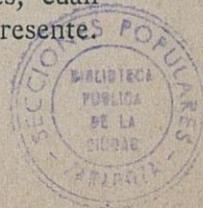
(1) Ej. El puente de Brooklin en New-York, inaugurado á mediados del año último.

bres del día de las firmes creencias que originaron los más sublimes hechos de la historia; decidles lo mucho que importa para nuestra tranquilidad y bienestar creer en el dogma consolador de la inmortalidad de alma; hacédles comprender cuán bello es tener fé, y qué divinos resplandores iluminan la vida del creyente, y os responderán con una mefistofélica sonrisa, que oprime el corazón y hiela la sangre en nuestras venas.

Y decidme, señores: ¿no es bien triste que mientras la humanidad se lanza loca y sin freno en el mundo de los goces materiales, se acuerde tan poco ó casi dé al olvido el mundo moral? ¿No hace daño que mientras el hombre se preocupa tan por completo de la mortal vestidura que le envuelve, no haga caso de lo que es en él eterno é inmortal, del espíritu? ¿Acaso están resueltos ya todos los problemas de conciencia?

No, por cierto; más así quieren darlo por supuesto los modernos tiempos. Las ciencias naturales adelantan y progresan de modo vertiginoso é increíble; pero hay que confesar, señores, que no se progresa ni adelanta lo mismo en el orden moral. La duda, la inquietud, el desasosiego reinan en el individuo como en la sociedad; vagos temores agitan á la generación contemporánea, le asaltan por doquiera incertidumbres, y efecto de esta balumba que prevalece en las ideas, vivimos hoy, mal que nos pese, en no interrumpida contradicción.

Por eso hoy todo son problemas; por todas partes oís pronunciar esta palabra: problema religioso, problema filosófico, problema jurídico, problema social, problema político; y tanto, señores, vale decir problemas como cuestiones por resolver. Ved, pues, cuán exactamente caracteriza esta frase la sociedad presente. El siglo xix es un problema.



Urge, por consiguiente, darle solución. Y la solución no corresponde, nó, á las ciencias naturales, que éstas más bien deben moderar su paso miéntras los otros elementos del saber se ponen á su lado: el problema de ahora, que á su vez se distingue en múltiples problemas, pertenece de todo en todo á las ciencias morales y políticas. Estas ciencias tan descuidadas hoy, ó tan desviadas de su cauce natural, son las que tienen á su cargo la solución del problema que á todos nos embarga, porque ellas son las que estudian todo lo que atañe al hombre como individuo y como sér sociable, las que procuran por su perfeccionamiento individual y social, las que, en suma, poséen la gran misión de instruirlo y educarlo.

Si tales son, pues, las ciencias morales y políticas ¿no tendrá su estudio interés grande? Y la importancia de este estudio, ¿no será mayor, inmensamente mayor en nuestros días, efecto de las circunstancias que atravesamos? Indudablemente que sí, señores: hoy las ciencias morales y políticas tienen trascendencia extraordinaria para la sociedad: por eso debe cuidarse mucho de estudiarlas, y los hombres pensadores deben darlas la preferencia en sus trabajos.

De aquí la importancia que tiene esta Sección del Ateneo, y lo bien que hicisteis en aprobar sin debate el nuevo proyecto de Reglamento que subdividía la Sección de Ciencias en dos; dejando á un lado las Ciencias naturales, y poniendo aparte las morales y políticas. Sí, debeis, á mi juicio, conceder interés excepcional á los debates de esta Sección, pensando que todos los que por voluntad ó por fuerza nos dedicamos á cultivar la inteligencia, debemos aportar nuestra cooperación, floja ó robusta, á la obra de la sociedad. Y al efec-

to, ya que como Secretario estoy obligado á llevar la palabra en esta noche, voy á exponeros en sucinto resúmen aquellas ideas que, en concepto de la Junta directiva de la Sección, pueden ser objeto de vuestras tareas en el presente curso.

I.

Fijáos un poco en vuestro derredor y oireis por todas partes gritos desoladores de destrucción. ¡Hay que echar abajo el edificio antiguo! ¡Es preciso derribar los monumentos científicos que el pasado construyera! ¡Es necesario reorganizar la sociedad sobre nuevas bases! Esto y más dicen por ahí muchos que gozan fama de pensadores en los modernos tiempos. La dificultad, sin embargo, no consiste en destruir; lo difícil está en edificar. Pero esto no es obstáculo; pronto aparece quien no solo destruye sino que también edifica. *Destruam et œdificabo!*, exclama.

¿Quién es este artífice que tan animoso se presenta? No hay que preguntarlo: es la razón.

¡La razón! Facultad preciosa que distingue al hombre de los demás seres; cualidad excelente, propia y exclusiva del humano sér, que lo ensalza y lo eleva hasta regiones muy altas, fuera de esta realidad terrena que habitamos; destello divino que aviva y dignifica nuestro espíritu; —pero al cabo y al fin facultad humana, y como tal endeble, vana y antojadiza, incapaz, no ya de resolver los grandes problemas de la vida, sino de afrontarlos siquiera con mediano criterio ó con apariencias de verdad.

Pensad, sinó; reconcentráos en vuestra conciencia,

meditad atentamente y preguntáos:—¿Qué soy? ¿Por qué existo? ¿Por qué vivo? ¿Concluye mi vida con mi muerte? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? —Y el mundo ¿para qué existe? Lo que nos rodea ¿para qué está? ¿Cuál será su fin?—Es indudable que hay Dios; la razón me lo dice; pero, y este Dios ¿cómo es? ¿Cuál es su esencia? ¿Cuál su naturaleza? ¿Cuántos y cuáles son sus atributos?

El espíritu se abisma en estas cuestiones, se pasa las horas meditando, y cuando vá á buscar el fruto de sus reflexiones, se encuentra con que su razón es impotente para explicarlas. Cuanto más piensa el hombre mayor convencimiento adquiere de lo limitado de sus facultades. Si veis por ahí algunos *espíritus fuertes* que queriendo ser despreocupados, no tributan culto mas que á la razón, no creais en sus palabras; que ó no han planteado nunca los más sérios problemas, ó si los plantean no han querido afrontar sus soluciones.

Es indudable, y solo ha podido negarlo la soberbia de algunos hombres: la razón humana como tal es limitada, y necesita para comprender ciertas verdades que le són inaccesibles, el auxilio de la razón divina. El racionalismo, señores, es una concepción impía, y además de impía es un absurdo. La razón sola, independiente, como hoy se dice, hay que confesarlo por más que sufra con ello nuestro orgullo, la razón sin más norma ni guía que ella misma, no ha hecho otra cosa que desbarrar de una manera lastimosa. La historia lo demuestra; pero sin necesidad de acudir á la historia, en nuestros días tenemos abundantes ejemplos de los dislates del racionalismo.

A dos principalmente pueden reducirse los múltiples sistemas filosóficos que hoy prevalecen en la ciencia racionalista: el positivismo y el panteísmo. Y pres-



cindo de citar aparte el escepticismo porque casi, señores, me atrevo á sostener que en una ú otra forma se halla infiltrado en toda la filosofía moderna.

Como legítima reacción y en són de protesta de las exageraciones idealistas, dícese que apareció en la ciencia el positivismo; pero sin discurrir yo ahora acerca de su origen verdadero, paréceme no obstante que su filiación directa pertenece de derecho al materialismo. Desacreditado este en todos los terrenos y no pudiendo subsistir ya en fuerza de sus monstruosidades, se retiró de la escena científica; pero, nuevo fénix, renace de sus cenizas, y hoy se presenta otra vez con más veladas formas y adoptando el nombre más suave de positivismo. En el fondo, sin embargo, es el mismo.

El positivismo es el que ha dado origen á la que se llama ciencia experimental; ciencia que no admite otro ni más método que el experimento; que no considera cierto más que lo que la observación demuestra, y que rechaza todo aquello que no tenga demostración palpable. El procedimiento empieza en las ciencias naturales, físicas y químicas; pero bien pronto llega á la Antropología y pretende investigar al hombre. ¡Calculad, señores, lo que hará el positivismo al contemplar el abismo insondable de la conciencia! Ello es que no se detiene ante esta barrera infranqueable. Induce, induce, y sin cuidarse de las inmensidades que salva por saltos, no tarda en afirmar que el pensamiento es una secreción del cerebro; y enseguida salen al paso Lamark y Darwin, apóstoles del transformismo, modernos alquimistas que, auxiliados de su escalpelo, proclaman haber encontrado la nueva piedra filosofal; piedra que ¡cosa extraña! ni siquiera es un grano de arena: es una molécula, un átomo, que, por virtud de transformaciones su-

cesivas y sin más que su propia fuerza, ha producido el esplendente panorama del Universo.

Este sistema ha pretendido atar todos los cabos. Se infiltra en el arte para dominar en las más bellas creaciones del sentimiento, y no cesa hasta penetrar en el terreno de las Ciencias morales y políticas. A su modo se ha formado una moral y un derecho; una filosofía peculiar y catecismos políticos y económicos propios, y orgulloso con sus descubrimientos el positivismo se lanza á regenerar la sociedad, y es ¡increíble parece! el sistema que informa las nuevas tendencias de la Sociología.

¡Brillante porvenir el reservado al hombre si estas doctrinas triunfasen! De un golpe suprimen todo el mundo del espíritu; la Metafísica espiritualista es para el positivismo una quimera. No hay un Dios superior que dirija al Universo, el individuo debe erigirse en Supremo Sér: la moral positivista es la degradacion y el envilecimiento: la libertad del hombre un fantasma vano.

Exponer este sistema es instruir su proceso. Casi todos los errores que haya producido la inteligencia humana caben perfectamente dentro del positivismo.

Pero confieso, señores, que con asustarme mucho este sistema, y con temblar ante sus consecuencias, no me preocupa tanto como esos otros sistemas alemanes que con pretensiones desmedidas se ingieren en la ciencia, queriendo renovar todo y fundirlo todo en los moldes estrechos de la lúgubre inteligencia de sus infortunados autores.

Preséntanse estos adalides del filosofismo germánico con aspecto simpático, y al parecer guiados de las intenciones más puras. Se dicen intérpretes del espiritua-

lismo; tienen siempre en la boca las palabras de Dios y libertad; pero no hay más que sondear algo estas teorías tan brillantes, y en todas ellas encontrareis el error en su base, el sofisma en sus razonamientos, y la demostración más acabada de su falsedad en sus tristes consecuencias. Lo mismo el *Yo* subjetivo de Fichte, que la *Idea* de Hegel, que lo *Absoluto* de Schelling, todos tienen por base la unidad absoluta, todos son no más que fases de un mismo sistema: el panteísmo.

Y ni siquiera, señores, puede exceptuarse de merecer el calificativo de panteísta, el discípulo de los anteriores, Federico Krausse, cuya escuela es la más extendida de todas y la que más inteligencias ha cautivado en nuestra patria.

Krausse parte de la intuición del yo, pero no del yo que siento y percibo dentro de mí, sino de un yo vago, indeterminado, abstracto, que no existe. Prosigue luego, y encuentra tres realidades distintas que llama infinitas, aunque no lo son, y que designa con los nombres de *Espíritu*, *Naturaleza* y *Humanidad*.

Simplifiquemos, no obstante, y hagamos abstracción de la *Humanidad* por un momento, puesto que el mismo Krausse dice que es un compuesto de las otras dos realidades. Nos quedan, pues, frente á frente, el mundo espiritual y el mundo corporal: el *Espíritu* y la *Naturaleza*, seres infinitos dentro de los cuales están respectivamente contenidos los espíritus individuales y los objetos corpóreos.

Es necesario elevarse ahora hasta encontrar un nexo ó lazo de unión que armonice á la *Naturaleza* y al *Espíritu*, porque si bien son infinitos, comparados entre sí se excluyen recíprocamente; y de aquí nace para Krausse la necesidad de un fundamento que los

contenga, un sér infinito absoluto que sea su razón y se hallen en el mismo contenidos. Al llegar á este punto Krausse proclama el concepto del Sér, y se muestra ufano de haber encontrado á Dios. Este es el fin de su sistema.

Pero ¡ qué fin, señores, más siniestro ! Krausse dice: «Fuera de Dios nada existe. Todos los séres están «en el Sér contenidos.» Es decir, que hasta el mismo Krausse viene á proclamarse panteista. Parte de un Yo absurdo, se apoya en varios sofismas, cae en mil contradicciones, y como digno remate de tan bizarra doctrina sanciona claramente el panteismo.

Ahí teneis el sistema de Krausse, ese sistema que se dice el último adelanto de la filosofía, y que es, en el fondo, ni más ni ménos que un panteismo como otro cualquiera. Considerad ahora si merece la pena de que ocupe la atención de los entendimientos elevados.

En Religion conduce al ateismo; al comunismo en derecho; en moral al egoismo puro, y sin embargo de que se pasan los dias sus adeptos predicando para que se respete al hombre su *libérrimo albedrío*, el sistema kraussista es la negación completa de la libertad.

Únicamente me esplico que tenga Krausse tantos discípulos porque estos no han ahondado lo suficiente el sistema de su maestro. Lo miran por la superficie. Si fueran lógicos, y sacaran deducciones, de seguro que retrocederian espantados ante las consecuencias.

Estos son, señores, los frutos del racionalismo: hé aquí la obra de la razón independiente. Necesario es que la razón comprenda que por este camino no progresa sino que retrocede; que léjos de ennoblecerse se empequeñece y achica, y la experiencia debe servirle ya de bastante enseñanza para que no intente más desdicha-

dos viajes por un mundo desconocido y quimérico. La razón, no extrañéis que lo diga, ha de ser racional. Y para ser racional tiene que abandonar el racionalismo.

Por eso cuando el hombre imparcial juzga estos delirios panteistas y positivistas, cuando vé que sériamente se defienden absurdos semejantes, reconoce la necesidad de volver por los fueros de la razón, y su inteligencia, sedienta de verdad; vá á refugiarse presurosa en las sanas y puras doctrinas del espiritualismo, Si, señores, el espiritualismo es el que ha de triunfar tarde ó temprano en la filosofía, y es además el que presenta la única solución posible al problema filosófico. A las negaciones opone afirmaciones, á las sombras y nebulosidades la claridad, á la desesperación la esperanza, á la incredulidad la fé, al egoismo la caridad, al fatalismo el libre albedrio, á la vacilación la certeza, al ateismo Dios; y así fundándose en principios fijos y eternos, vá esparciendo por doquiera el consuelo, la satisfacción, la alegría y esa secreta felicidad que siente el que tiene conciencia de su destino. Y ¿á quién debemos tan prodigiosos descubrimientos? Hay que reconocerlo: todo esto es obra exclusiva del Cristianismo. Sin la luz del Cristianismo la humanidad estaría completamente á oscuras. Y ved, señores, como el problema filosófico se enlaza y está íntimamente unido al problema religioso.

II.

Después de siglos y siglos de gloriosa historia, y de haber proclamado colosales inteligencias, luz y faro de la humanidad, que el cristianismo era el único refugio para la razón y la única salvación para las almas; des-

pues de haber recibido la religión cristiana la sanción de la razón y de los siglos; creíase, señores, que ya no era posible problema en religión. Pero no se había contado con las pretensiones de la razón moderna, que es soberbia por esencia, y ni la verdad siquiera es obstáculo á detenerla en este su espíritu de discordia y destrucción que la domina. Lo mismo, idéntico que en Filosofía, la razón quiere hacerse árbitro de la verdad religiosa, y los nuevos paladines del dogma nuevo luchan y luchan sin descanso por el triunfo de lo que ellos llaman libertad de conciencia ó libre exámen.

¡El libre exámen! ¡La libertad de conciencia! Palabras son que nada añaden á lo ya sabido. Porque el libre exámen existe desde que el hombre vive, y la libertad de conciencia data de igual fecha; siendo ambos principios, dado que no sean uno solo, sancionados y recordados por el mártir Divino del Gólgota al escribir en su obra como lema la palabra «libertad.»

El libre exámen, pues, en el sentido de verdadera libertad, no es malo. ¿Ni cómo ha de serlo si la libertad de pensamiento es uno de los timbres que más distinguen á la persona humana? Pero el libre exámen, señores, que bien entendido enaltece nuestro sér y nos hace superiores, es funesto en cambio y produce tristes consecuencias cuando se emplea como arma de destrucción, que es precisamente como lo empleó Martin Lutero.

Pensais acaso que Lutero hizo prosélitos por el vigor de sus argumentos, por lo persuasivo de su elocuencia, ó por lo riguroso de sus racionios? Nó. Lutero quiso destruir un gran poder: el poder apostólico del Papado, y conociendo la magnitud de la empresa y el arma terrible que necesitaba para llevarla á cabo, alhagó al hombre en sus pasiones, haciéndole creer que era in-

dependiente de todos y absoluto sobre todo, y que el medio de conseguir tan anhelada superioridad era ni más ni menos que romper su vínculo con la autoridad del Papa, profesando el libre exámen.

Preciso es convenir en que su principio era poderoso, solamente que ni es cierto que la religion católica ataque la libertad de conciencia, ni lo es tampoco que el hombre dependa solo de los antojos de su razón. El Protestantismo nació contra el Papado, se reveló contra la autoridad de la Iglesia, y por eso Lutero no podrá merecer otro nombre que el de gran Heresiarca de la edad moderna.

Aparte su origen, y pasando por alto las múltiples sectas del Protestantismo, yo quisiera que se me señalaran los beneficios que reportó al mundo Martin Lutero con su *Reforma* porque todavía están por descubrir. En cambio ¡qué de atrocidades, qué de guerras, cuánta sangre derramada por tan impía causa! La Europa parecía un inmenso lago enrojecido; y luego, apenas se lavó la tintura de este siniestro trofeo de las luchas religiosas, se convirtió en turbio lago, de salobres aguas, que esto y no otra cosa semejaba la Europa en el siglo XVIII. Leed los autores materialistas y ateos que en ese siglo vivieron, y decidme si nó os causan desprecio é indignación tales concepciones de la razón humana.

Ahora, en el siglo XIX, el problema religioso ofrece muy distintos caracteres.

Los delirios materialistas no ejercen ya un tan descarado influjo como en el pasado siglo, pues si bien las exageraciones positivistas amenazan con destruir las más arraigadas creencias, es lo cierto que el problema religioso no es por aquí por donde presenta mayor gravedad. Hoy los espíritus creyentes se alarman, y se alar-

man también las sociedades cristianas, ante las teorías de los panteístas alemanes que pretenden dar una nueva profesión de fé á la humanidad, y aparentando ser profundamente religiosos lo que intentan no más es concluir con toda religión. De aquí la grande, la inmensa importancia que tiene la crisis de nuestros días, porque aparte de la mucha boga que alcanzan las nuevas doctrinas, siempre, señores, son más temibles los enemigos encubiertos que los resueltos y francos.

«Se trata de fundamentar los dogmas en el origen divino que los jefes de la Iglesia le han marcado. Nó, dice la Filosofía: la revelacion es una palabra hueca que no tiene valor alguno en el sistema de nuestras creencias. Se trata de lo sobrenatural y lo milagroso, caracteres esenciales á toda religión positiva; nó, contesta Wolf en nombre de la cultura de su tiempo: «Dios es más grande en su eterna inmutabilidad.» «Partamos de la fé como base de nuestros conocimientos, dice alarmada la voz del creyente; nó, le responde la ciencia, el punto de partida de nuestra investigación será desde hoy la duda probable, el exámen incierto la repetición de las experiencias: armonicemos la fé con la razón, la revelación con el descubrimiento, la verdad inspirada por la divinidad y la verdad hallada por los hombres, y nó, sigue repitiendo el génio indomable de nuestro siglo: «optad entre una ciencia mutilada que haga traición á su porvenir y una teología infiel que reniegue de su pasado.»

Este es, señores, el pavoroso problema religioso, segun lo presenta un intérprete fiel de los modernos pensadores (1). Destrucción y nada más que destruc-

(1) MÁRTOS GIMENEZ.—Memoria leída en el Ateneo de Madrid, sobre la crisis político-religiosa de nuestro tiempo.—Curso de 1880-81.

ción, siquiera este espíritu devastador pugne con las sacrosantas creencias de los pueblos en que se trata de infiltrar. Se ha demostrado ya hasta la evidencia el hecho de la revelación; se ha probado también que no hay antagonismo entre la fé y la ciencia, sino que, léjos de eso, se confirman y completan. Pues bien; señores, nada de esto vale, todo hay que abandonarlo, y de hoy en adelante la *duda probable*, el *exámen incierto*, la *repetición de las experiencias*, es lo único que está reservado al saber humano. La conclusión es triste y desoladora. ¡Parece mentira que al cabo de diez y nueve siglos y despues de tanto adelantar, se haya venido á retroceder á los tiempos de la antigüedad pagana!

Pero no es esto todo. Planteado el problema, es necesario darle solución; y ¿cómo? Desechando por lo pronto toda religión positiva, y ¿después? Ved lo que dice Fichte: «¿Quereis ver á Dios frente á frente? No le busqueis más allá de las nubes: entregáos á él y le hallareis en vosotros mismos» (1). Cualquiera que sea el sentido de esta frase, siempre será la exclamación monstruosa de la soberbia humana unida á un espíritu mezquino y egoísta.

Otro filósofo, Krausse, sostiene que la religión es un aspecto de la vida: el hombre tiene un fin religioso como tiene otro jurídico, otro científico y otro artístico, que en esto no hay diferencias. La Religión como relación íntima, personal é históricamente manifestable entre el hombre y Dios, radica en la conciencia, y puede y debe ser libre, y perfectible como toda la naturaleza del espíritu.....

Reparad en esto. ¡La Religión perfectible por el

(1) Citado por MÁRTOS GIMENEZ.



hombre ni más ni ménos que si se tratase de una institución humana! Más al fin, no es extraño que eso digan los Kraussistas: es una consecuencia legítima de su panteísmo; si el hombre está contenido en Dios, si ámbos son uno mismo, y aquel es perfectible es claro que lo tiene que ser éste tambien. Esto es lógico, y la doctrina no lastimará seguramente al Dios extraño que ésta escuela se ha forjado para su uso particular.

¡De hoy ya no más cultos externos!, sigue diciendo el espíritu moderno. ¡La Iglesia es incompatible con la autonomía de la razón! ¡Todo principio de autoridad nos hace inferiores y deshonra á nuestra superioridad! Cada uno tiene un altar en su conciencia, y desde allí debe adorar á un Dios especial, creación de su inteligencia, distinto en cada hombre por lo mismo que cada cual lo concibe á su manera. Esto suponiendo que á la razón no se le antoje el negar á Dios.

¡Y cómo, señores, se profana de este modo á la conciencia humana! ¡Y cómo se ofende á la razón dejándola sola y sin guía, sin un timón que la dirija por el océano insondable de las ideas! Porque, fijáos bien: se quiere hacer libre á la razón y arrancar al hombre de la esclavitud en que se dice está sumido dentro del catolicismo; y vienen los modernos redentores de la humanidad, y la redimen haciéndola esclava de los fallos de una facultad limitada, antojadiza, incapaz de resolver los más árdulos problemas de la vida. Se hiere nuestra fé, se atacan nuestros dogmas, y los que así obran creerán tal vez en el espiritismo ó en las ridiculeces de la masonería, y léjos de vivir, como nosotros vivimos, en la luz, arrastran una vida insegura y vacilante en un mundo de tinieblas, incertidumbres y zozobras. Nos llaman retrógrados y oscurantistas porque respetamos al Romano

Pontífice como infalible, y ellos proclaman la infalibilidad absoluta de la razón.

Ambos, pues, reconocemos una autoridad infalible; los dos contendientes tenemos fé en algo, y tenemos nuestros dogmas. Pero la base de nuestra fé estriba en la pasion y muerte de Jesús, en la historia santa de la Iglesia, y en la institución divina del Pontificado. La fé de los modernos filósofos descansa en los vanos antojos de una facultad humana. Ved, señores, la inmensa diferencia; y así no extrañareis que miéntras nosotros los católicos mantenemos incólumes nuestros principios y navegamos sin temor por el mar proceloso de la vida, los filósofos de hoy marchen sin rumbo fijo, caminando por extenso desierto, sin encontrar un oasis consolador que les saque de sus eternas dudas. Meditad sobre esto y decidme luego quién es el esclavo y quién es el libre; si es á nosotros ó á los racionalistas á quienes envuelven negras sombras; si es á los racionalistas ó á nosotros, á quienes ilumina el sol esplendente de la libertad.

Estoy tranquilo y no me atormenta el fallo de los hombres imparciales. Hoy en dia está juzgado ya el libre exámen en religión. Porque no necesito consignar, señores, que todo el problema religioso de nuestros dias nace del libre exámen proclamado por el protestantismo. Y hé aquí por qué decía yo ántes que aún no llegando como no llegará jamás á lo fundamental de la Iglesia, el principio destructor de la *Reforma* traería á los hombres grandes males.

Pero ¡singular coincidencia! Todos ó casi todos los filósofos, hasta los mismos alemanes, convienen en alabar las excelencias de la moral cristiana. Pocos son los prosélitos que ha alcanzado la moral sombría é inverosímil llamada independiente, y en cambio la in-

mensa mayoría de los novadores aceptan los principios de la cristiana, y aún hay no pocos que profesando horror al catolicismo, se titulan también cristianos en religión.

Aquí teneis la prueba más palpable de lo infundado de las modernas ideas. Aceptar la moral del cristianismo y renegar de la religión católica es la más absurda de las inconsecuencias. Porque aquélla es resultado de ésta, porque ámbas marchan unidas y guardan relación de causa á efecto. Suprimid la causa y desaparecerá el efecto. Y no vale tampoco alegar sutiles distinciones, admitiendo la religión cristiana y rechazando el catolicismo porque los dos son una misma cosa, y las glorias del cristianismo van unidas al Pontificado y son del Papa inseparables, como es inseparable del tronco de un árbol la frondosidad de sus ramas. Arrancadlas, y vereis cómo pierden su belleza, y se marchitan y mueren.

No es posible dudarlo, señores. La Religión Católica, representada y sintetizada en su Iglesia, es la única que puede resolver y resuelve conforme á la razón y al buen sentido el problema religioso que hoy más que nunca tiene carácter de universal porque su influencia á todo alcanza y á todo trasciende. El decir que el cristianismo está próximo á desaparecer, y que ha de ser reemplazado por otra religión nueva, creación del hombre, son vanas predicaciones; fruto amargo de una filosofía estéril para el bien. Por más que hagan siempre tendremos de nuestra parte «un Dios creador» y providente, afirmado por la tradición de todos los «pueblos, tan pronto por lo ménos, como en ellos ha «logrado el hombre clara conciencia de sí, y por obra «suya, un alma inmortal, inteligente, libre, que como

»libre es responsable, y que aún siendo imperfecta y
»viviendo entre cosas imperfectísimas, es capaz de as-
»cender á la perfección por su propio esfuerzo, median-
»te la virtud, mediante la resignación, mediante el tra-
»bajo» (1).

Por eso el Cristianismo trinará al cabo y siempre subsistirá la Iglesia para dirigir á la sociedad cristiana en su camino hasta cumplir el fin que la Providencia le tiene designado, y la Iglesia tal como la instituyó Jesucristo, que de este modo solo podrá realizar su misión divina, que así y solo así podrá esparcir el consuelo y la esperanza, y ser lábaro santo donde han de estrellarse los impíos ataques á Dios y á las creencias.

III.

Mas apresurémonos, señores, á descender ya de estas alturas á que he tenido precisión de conducirnos para presentar las ideas principales que agitan á las modernas sociedades, y coloquémonos ahora en terreno más asequible y práctico, si bien por eso no exento de dificultades y todavía mucho ménos de importancia.

El hombre es por su naturaleza un sér sociable; tanto que en sociedad nace, en sociedad vive, y dentro de la sociedad exhala el último suspiro, porque para nacer, para realizar la vida y hasta para morir necesita del auxilio de sus semejantes. Viene á este mundo y ya forma parte de la familia; las familias se unen luego y forman el municipio, y los municipios reunidos constituyen el Estado. El Estado es, pues, la unidad natural más elevada que representa la sociabilidad del hombre.

(1) El problema religioso.—Discurso leído por el Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO, como Presidente del Ateneo en el año 1872.

Y bien; ¿qué es el Estado? Aquí teneis una cuestión que reviste gran interés de actualidad, y que filósofos, juriconsultos y políticos debaten con empeño. Determinar el concepto del Estado, fijar sus funciones propias, y sus relaciones con el individuo, puntos son que preocupan la atención bastante ahora, y no creo ser yo el primero que haya dicho que en armonizar las atribuciones del Estado con los derechos del individuo consiste todo el problema político moderno.

Prescindo desde luego de examinar la solución que presentan las escuelas economista, individualista y socialista, por lo mismo que están ya muy discutidas, y voy á fijarme solo en la teoria Kraussista; especie de magyar que me persigue y acosa, saliéndome al paso en cuantas cuestiones toco.

Entienden Krausse y sus discípulos que el Estado es no más que una institución pura y exclusivamente jurídica; de suerte que todo lo que no sea la aplicación del derecho y la justicia está en absoluto fuera de su misión propia. Al efecto, dicen que el fin general del hombre se descompone en múltiples fines particulares, como son el religioso, el científico, el artístico, el moral, el industrial,.. etc. y que cada uno de estos fines exige una asociación particular; de modo que habrá tantas asociaciones como sean estos fines. El Estado es el que ha de realizar el fin jurídico, y como quiera que el derecho es un modo total de la vida, segun esta escuela, que se refiere á todas las formas de la actividad humana; debe suministrar á todos los demás organismos sociales las condiciones *exteriores* de su *libre* desenvolvimiento. Pero sin que por esto se mezcle en su gobierno interior ni ejerza respecto á ellos supremacía ni dirección alguna.

Esto, por lo pronto, que andando el tiempo Krausse aspira á la formación del *Estado único*, Estado de toda la humanidad, el cual no será más que una confederación de todos los demás estados particulares, gobernado por los representantes que éstos elegirán libremente. Así los estados se contendrán en sus extralimitaciones los unos á los otros; todo marchará con gran concierto y en armonía nunca vista, y como consecuencia tendríamos la paz y felicidad universal.

Veamos, sin embargo, si es realizable lo que Krausse quiere. Y ante todo hemos de hacer notar la divergencia en que aparecen los mismos apóstoles del Krausismo al precisar los fines que asignan á la humanidad, pues miéntras unos citan como tales: el jurídico, el religioso, el científico, el artístico y el moral; otros añaden á estos el político, y el económico, y el industrial, y el comercial, y tantos otros que ván saliendo.

Porque á la verdad, señores, no puede suceder otra cosa. Si el fin del hombre consiste en el desenvolvimiento de sus facultades, yo no veo razón que justifique esa distinción ó variación de fines, porque lo mismo que se distinguen el científico y el artístico deben señalarse dentro de aquél el del abogado, el del médico, el del ingeniero, el del naturalista, etc., y dentro de éste el del escultor, el del músico, el del pintor, el del poeta, etc. Los casos son los mismos. Es verdad que el médico y el ingeniero realizan el fin científico; pero ¿acaso no lo hacen de distinto modo? El escultor y el poeta se dedican á realizar la belleza, cierto; pero no lo es ménos que el poeta y el escultor la realizan en forma diferente. ¿Por qué confundir uno con otro? ¿No quiere la escuela Kraussista agrupar todo y nada más que lo que sea análogo para señalarle un fin especial? Pues sean lógicos sus

partidarios, y lleven el principio á sus últimas consecuencias. ¿Pues qué, si llegasen á formarse esos organismos que pretende Krausse podrian gobernarse por las mismas reglas aún dentro del fin científico los hombres dedicados á distintas profesiones? ¿No es esencialmente distinta la medicina de la abogacia? Se separan el pintor y el filósofo, sin embargo de que ambos desarrollan sus facultades, porque lo hacen por manera diversa. Pues enteramente en el mismo caso están el abogado y el médico.

Pero hay más. Continuando el exámen de esta escuela, surge el siguiente dilema. Una dé dos: ó Krausse quiere la formación de sociedades particulares dentro del Estado, que vengan á cultivar la ciencia, el arte, la caridad, la industria... etc. y en este caso nada nuevo viene á decir porque ya existen; ó quiere que se organicen asociaciones independientes, grandes organismos ó Estados aislados que se encarguen exclusivamente de cada uno de estos fines que señala, y entonces resulta una utopia absurda. El hombre uno ¿cómo ha de dividirse para pertenecer á varias sociedades? Porque para mí es evidente: admitidos en la práctica esos organismos su existencia tiene que ser varia y con independencia absoluta; cada uno tendrá su gobierno y constitución propia. De lo contrario, no se justificarían: ¿ni cómo, de otro modo, habian de nombrar sus delegados para el Estado de toda la humanidad? Si ha de haber orden y no se ha de entronizar la confusión, desnaturalizando su fin propio, no se podrá formar parte de dos asociaciones á la vez; el que pertenezca á la sociedad de la ciencia, no podrá pertenecer á la de la industria ni á la del comercio, y como consecuencia cesará su comunicación con los que forman estos organismos, y vendrá la

destrucción completa de la sociedad. La conclusión para mí es lógica. Se me dirá en seguida que no es que esos Estados particulares vivan una vida independiente, sino que se relacionan y completan los unos á los otros, en tanto que se desarrollan todos dentro del Estado jurídico, cuya misión es prestarles condiciones para su libre desenvolvimiento. Pero entonces, ¿qué clase de organismos son esos que son independientes, y sin embargo dependen del Estado jurídico? ¿que son extraños los unos á los otros, y á pesar de ello no pueden vivir sino todos unidos? Y cuenta, señores, que no trato de investigar su planteamiento, lo cuál por cierto tambien me sugiere largas dudas.

Ni áun paran aquí mis escrúpulos, porque si ha de existir un Estado supremo federal encargado de velar por el equilibrio entre los diversos Estados particulares: el religioso, el jurídico, el científico, el moral, etc., no acierto á comprender para qué existe el Estado jurídico. A mi juicio, ó el Estado supremo federal ó el jurídico, uno de los dos debe desaparecer por inútil.

Pero ya estoy viendo que me sale al paso una objeción. ¿Acáso no están ya formados el Estado y la Iglesia, asociaciones para los fines jurídico y religioso? ¿Pues por qué no se han de formar otras para la ciencia, el arte, la industria, etc.? Muy sencillo; porque el caso es completamente diverso. Porque la Iglesia y el Estado son asociaciones forzosas para el hombre; porque el Estado y la Iglesia son en absoluto indispensables para la naturaleza humana; porque el hombre no puede prescindir de mantener relaciones con Dios y con sus semejantes; porque corresponden, en fin, á los dos elementos de su sér. Por eso han existido, existen y existirán con existencia independiente la Iglesia y el Estado;



y no sucede lo mismo con la ciencia, el arte, la industria y los otros fines de la escuela Kraussista, porque no son fines sino solo medios de alcanzar el fin humano; porque amén de otras diferencias tienen la de ser puramente *voluntarios*; de tal modo que el hombre puede ó nó pertenecer á una sociedad científica ó literaria, ó entrar en varias ó no formar parte de ninguna; y por esto mismo, porque descansan en la libertad, son múltiples estas sociedades, mientras que solo son unas las del Estado y la Iglesia.

Esto aparte, y prescindiendo de que la utópia Kraussista del Estado, no se ha realizado ni se realiza todavía en pueblo alguno, es absurdo eso de dejar al Estado solamente la aplicación del derecho, porque además de que esto en todas las épocas y tiempos es desmentido por la historia, el Estado es indudable que tiene iniciativa y derechos propios, sin los cuales quedaría reducido á una fórmula estéril.

En efecto; ¿de qué se compone el Estado? De hombres. ¿Por qué existe el Estado? Porque el hombre es un sér esencialmente sociable, y necesita vivir en sociedad para cumplir su fin. Y ¿en qué consiste el fin del hombre? Aquí, en esta vida, en el desenvolvimiento armónico de todas sus facultades, en el desarrollo de éstas conforme á las leyes marcadas por la Providencia.

Si pues el Estado es necesario al hombre porque de otro modo éste no podría realizar su fin, es evidente que en el Estado ha de encontrar lo que le falta, el Estado suplirá las deficiencias individuales, y al dirigir las fuerzas de la sociedad, tiene el derecho y aún está en el deber, de hacer todo aquello que sea conveniente para la obtención del fin social.

Por eso el Estado debe velar por la moralidad pú-

blica, por la instrucción, por la cultura nacional, por la industria, por todo, en suma, lo que sea útil y necesario al fin de la comunidad; teniendo en cuenta que el Estado es la representación colectiva del hombre activo, y religioso, y moral, y que en tanto estará en su legítima esfera en cuanto se mantenga dentro de los deberes de tal representación (1).

Comparad, señores, este concepto del Estado con el que expone Krausse, y vereis qué diferencia. El Estado, reducido á prestar á las facultades humanas las condiciones *exteriores* de su *libre* desenvolvimiento, no puede mezclarse en la Religión, ni en la ciencia, ni en la industria, ni en el comercio, ni en nada. ¿Con qué derecho, pues, prescribirá la enseñanza obligatoria? ¿Cómo podrá impedir que se propaguen en la prensa y en la cátedra las monstruosas doctrinas que minan por su base la sociedad que está encargado de defender? Si ha de guardar respeto fiel á la libertad de cultos que proclama ¿cómo podrá oponerse á que se practiquen esas bárbaras religiones, cuyo culto consiste en sacrificios humanos? De ninguna manera, señores. El Estado no puede intervenir ni en la ciencia ni en la Religión, y si á pesar de esto los Kraussistas son partidarios de hacer obligatoria la enseñanza y no admiten la libertad de cultos en toda su pureza, estamos en nuestro derecho al decirles que no son consecuentes, que han faltado abiertamente á la lógica.

Y ya, señores, que os he hablado incidentalmente de la libertad de cultos, voy á tratar ahora de otro pro-

(1) Discurso leído por el SR. CÁNOVAS como Presidente del Ateneo de Madrid en el año 1871.

blema también candente y trascendental en alto grado: de las relaciones de la Iglesia y el Estado.

IV.

Respetémos á la razón y á la historia, y afirmémos la existencia de dos sociedades fundamentales y necesarias: el Estado y la Iglesia, ambas gerárquicamente constituidas, y provistas de un poder infalible, legalmente en el Estado, y religiosamente en la Iglesia.

Ahora bien; estas dos sociedades ¿deben estar unidas, deben relacionarse, ó ser cada cual independiente?

Sostener que el poder civil y el religioso deben residir en el Jefe del Estado, como sostenian los déspotas antiguos y hoy se realiza en varios estados europeos, es sancionar sin trabas el absolutismo; y ved, por tanto, cómo el protestantismo que defiende igual principio, favoreció el absolutismo de los reyes.

Yo no participo, claro está, de esa doctrina. Léjos de esto, creo que deben distinguirse ambos poderes, pero relacionándolos entre sí; de tal manera que exista armonía entre ellos y no resulte por ningun estilo antagonismo para que, acordes los dos, puedan cumplir su respectivo destino.

El fin de la Iglesia es puramente espiritual; el del Estado terrenal y humano. El fin del hombre, para nosotros los católicos, tampoco es de este mundo; y en este sentido puede decirse que el hombre es principalmente de la Iglesia; pero para su perfección y desarrollo necesita vivir dentro del Estado. En su consecuencia, es evidente que el Estado debe proteger á la Iglesia porque lo contrario sería ir contra el propio fin del



hombre, y la Iglesia también por su parte protege al Estado, como que le da fórmulas para que éste pueda cumplir la ley moral. ¿Quién, en efecto, ha de enterar al Estado de la moralidad de los actos si no es la Iglesia? Además, si la misión del Estado es de auxiliar y director en la obra social, ¿cómo ha de llevarla á feliz remate, si no le dice la Religión cuál es el fin ulterior del individuo?

Por todo esto, el Estado y la Iglesia son dos sociedades distintas, pero que deben ir armónicamente enlazadas y auxiliarse las dos; prestando la una la fuerza física, y dando la otra su apoyo moral, para que así resulte el orden y bienestar social.

Y como quiera, siendo el Estado á modo de representación de todas las fuerzas individuales, y debiendo contribuir al fin de la sociedad; siempre habrá de adoptar un culto determinado, aquél que crea más conforme á la verdad ó responda mejor á los sentimientos y aspiraciones de la comunidad, porque de otra suerte sería su obra deficiente y no realizaría completa su misión, una vez que la Religión es quizá la mayor necesidad para el hombre.

No son estas, sin embargo, con ser muy racionales y muy justas, las tendencias que informan ciertas escuelas modernas. Producto exclusivo de la razón del hombre empiezan por desconocer su fin, señalan al Estado un fin deficiente distinto del verdadero, continúan negando á la Iglesia su misión divina, y no viendo en ella más que «una asociación humana más ó ménos perfecta,» afirman que al Estado le es completamente indiferente, y que el Estado no puede, no debe otorgarla preferencia alguna, debiendo sí colocarla al igual de todas las demás confesiones porque todas son igualmente respeta-

bles. De aquí la separación absoluta de la Iglesia y el Estado, y aún mejor la subordinación á éste de la Iglesia, puesto que se la reduce á un mero organismo social como la industria y el arte; de aquí la ilimitada libertad de cultos; de aquí la fórmula de «La Iglesia libre en el Estado libre;» de aquí, por último, el concepto impío del Estado ateo.

La secularización del Estado es una de las afirmaciones más atrevidas que ha podido lanzar la política moderna, y que conduce en derechura al Dios-Estado de Hegel, ó por lo ménos á un Estado sin ideal y sin objeto propio; sin moral y sin principios, máquina que se mueve á impulsos del momento, sin que le guíe ningun fin elevado, y sin que ningun alegre resplandor ilumine su lánguida y sombría vida. Indiferente para todo, todo le es igual y nada prefiere. La indiferencia, señores, la eterna y glacial indiferencia; mal de los males de la sociedad en que vivimos.

Este principio, sin embargo, de la separación de la Iglesia y el Estado es uno de los que constituyen el programa de la democracia, escuela muy defendida hoy por ciertos tratadistas, y que pretende haber dicho la última palabra sobre todo en cuestiones políticas. Y aquí, señores, se me presenta ocasión ahora de dedicar algunas frases, protestando referirme solo al terreno de la ciencia, acerca del problema político.

V.

El problema político es de índole particular y distinta desde luego á la de otras cuestiones, objeto de discusión y de debate. No es como estas patrimonio exclusivo

de los hombres de ciencia, y materia reservada á los que se dedican al estudio. El problema político, ó la política. si quereis, no sé qué mágico influjo tiene que absorbe la atención de todos, y lo mismo el inteligente que el ignorante, tanto el sábio como el que nada sabe, se creen autorizados para hablar sin escrúpulo y resolver de plano, cada cual desde su punto de vista, el problema político.

¡Y bien! ¿Acaso es censurable este espíritu libre y esencialmente discutidor que se ha revelado en nuestros dias? ¿Es por ventura un mal la política? Seguramente que nó, señores; tan no es un mal, tan no es indiferente y cosa poca, que del sistema que se siga en política depende luego el orden y prosperidad de los Estados. La administración, la hacienda, la enseñanza, el fomento, la justicia, todas las causas, en fin, de la gobernación pública, son impulsadas en uno ú otro sentido segun la política que predomine. Por eso, pues, tengo para mí que debe concederse interés grande á esta rama del derecho que se llama derecho político, tratándola no con ligereza y como por pasatiempo, sinó de manera tan fundamental como su importancia exige.

Y no es tampoco, por consecuencia de esto, un mal, generalmente hablando, que hoy todos traten y se preocupen todos de la cosa pública. Léjos de ésto, lo que es muy satisfactorio el ver cómo han cesado las épocas de represión y absolutismo, dejando paso á las conquistas del progreso y de la libertad.

Porque no necesito decir, señores, que habiendo cumplido ya su misión histórica las monarquías absolutas del pasado, era preciso armonizar los sistemas de gobierno con las exigencias de la civilización, y por eso ha aparecido con el transcurso de los tiempos la mo-

narquía representativa ó constitucional; fórmula moderna, y síntesis admirable de todos los principios que pueden realizar hoy en día un ideal para gobernar los pueblos.

He dicho un ideal, y no me pesa. La monarquía representativa armoniza por excelente modo la tradición que recuerda los hechos brillantes del pasado con los adelantos de la ciencia, y descansando de una parte en la libertad, tiene de otra el poder moderador representado en el monarca.

Efecto de este su espíritu de libertad que la informa, dá participación en el gobierno á todos aquellos que reúnan condiciones de capacidad suficientes; porque es para nosotros los defensores de esta forma de gobierno, principio cierto é incontrovertible que el ejercicio de un derecho guarda relación con la razón humana. Y bajo esta base se constituyen dos cámaras, representando la una de los elementos conservadores del país y la otra de los más liberales y reformistas, sintetizando ambas todos los sentimientos y aspiraciones de la nación. Estas cámaras discuten y aprueban ó rechazan, según los casos, los proyectos de ley que presentan los ministros, y luego reciben la sanción del Rey.

Ya no prevalece, pues, única y absolutamente la voluntad del monarca, sino que éste lleva á su consejo á los más sábios y distinguidos representantes del país, y se auxilia é ilustra con los debates del Parlamento.

El periodismo además, resultado de la publicidad y libertad que informan este sistema político, es una palanca de inmensa fuerza que fiscaliza los actos del gobierno, y dirigiendo la opinión, ejerce gran influencia en la gobernación de los Estados.

Afirma por otra parte el sistema representativo (y

entiéndase que hablo del sistema en toda su pureza, sin referirme á las corruptelas que puedan introducirse en su ejercicio), afirma, digo, que siendo imposible concebir la sociedad sin poder, la autoridad es coetánea con el hecho social, y declara por consiguiente que Dios, creador del hombre y de la sociedad, es también el origen de todo poder, en cuanto éste en su recto sentido equivale á potestad moral.

Es, pues, para esta escuela indudable que el poder procede de Dios, pero procede de un modo mediato, porque Dios no lo ha transmitido á nadie en particular directamente, ni á los monarcas ni á clase alguna de la sociedad ni al pueblo todo, y en tal concepto nos separamos de los que proclaman como dogma el derecho divino de los reyes y la soberanía del pueblo; principio el primero del absolutismo, al ménos tal como algunos lo entienden, y el segundo de la moderna democracia (1).

Efectivamente, señores; la base ó fundamento de la democracia es la soberanía del pueblo. El pueblo, dicen los demócratas, es el único soberano: no hay poder legítimo si no procede de él, pero para ser un hecho esta soberanía es necesario no que exista en el pueblo como entidad, sino en los ciudadanos, en los individuos que lo forman; y aquí es donde se echa de ver lo absurdo del principio. Porque una de dos: ó todos y cada uno de los ciudadanos ejercen esta soberanía que les compete, ó no la ejercen todos y se valen de representantes. Lo primero es imposible

(1) Véase la Memoria leída por el SR. HENESTROSA en el Ateneo de Madrid, año 1882, como secretario de la Sección de Ciencias morales y políticas.



racional y materialmente; lo segundo es lo que prevalece aún entre los más radicales demócratas. El individuo, según esto, es soberano con soberanía inherente á su personalidad; pero para que la ejerza es absolutamente preciso que la delegue en otro. ¿Qué clase pues de soberanía es esa que no puede ejercerla por sí el soberano? En el momento en que la abdica ya no la tiene, y como si no la abdica no la ejerce, resulta que la tal soberanía es una utopía, incapaz de satisfacer á ninguno que piense gravemente. Este raciocinio que muchos han empleado ya antes que yo, es, á mi juicio, irrefutable.

Y todavía este dogma democrático se hace más absurdo, estudiando el que le es inseparable, como que es el procedimiento de que se sirve la soberanía para manifestarse ó ejercerse: el llamado derecho de sufragio universal. A propósito de éste, he de consignar lo primero que el sufragio no es un derecho porque no hay razón ni fundamento que lo justifique como tal: es simplemente una función. Méenos será por tanto un derecho absoluto y natural en el hombre, y tan claro es esto que no acierto á explicarme cómo haya quién sostenga lo contrario.

No es tampoco el sufragio este universal. ¿Ni cómo ha de serlo si hasta los que más lo extienden admiten las limitaciones de la edad, del sexo y de la capacidad moral? Pero aun así y todo, y aun estando todos conformes en que el sufragio debe ser limitado, nosotros creemos que el sufragio demasiado extendido y otorgado sin las excepciones convenientes, aparte de que no es un sufragio verdad en la práctica, no representa más que el triunfo de la fuerza, y aleja á las minorías inteligentes de la representación, cuando su criterio,

por lo mismo que es ilustrado, es infinitamente más respetable que el de las mayorías ignorantes.

Enlazado con estos principios profesa la democracia el de igualdad, pero de una igualdad, señores, tan exagerada y tan mal comprendida, que no admite la más insignificante gerarquía social. Es cierto que todos los hombres como hombres son iguales: Jesucristo lo dijo, y no es dado á nosotros el negarlo; pero de aquí no es posible deducir que todos sean iguales como individuos; léjos de ello reina por todas partes la desigualdad. Aunque se supusiera en la razón un estado primitivo en que todos fueran absolutamente iguales, nacería en nuestra misma razón la desigualdad; porque siempre habrán de distinguirse el talento, la virtud, el mérito, el valor, la riqueza; porque siempre habrá, á no cambiar la naturaleza humana, clases directoras y clases dirigidas; porque los elementos aristocráticos son una necesidad en la obra social, é intentar suprimirlos es ir contra la razón y contra el derecho. —Y sin reparar en esto, tan lejos vá la democracia en su amor á la igualdad que aplicando este principio á la mujer, dice que es en todo igual al hombre; que tiene iguales facultades é iguales medios de ejercerlas, deduciendo en consecuencia que es apta para las mismas obras. Yo, señores, que creo en la igualdad de naturaleza del hombre y la mujer, en cuanto ambos forman la especie humana, no puedo sin embargo estar conforme con las delirantes conclusiones que deduce especialmente la escuela democrática, porque entiendo que así el hombre como la mujer tienen su esfera de acción propia, conforme con sus facultades y disposición particular, y solo así me esplico que existan los dos sexos masculino y femenino, porque ¿cómo comprendéis que si cada uno sirviera

para todo, resultaría que, por excesiva ó supérflua, no sería perfecta la obra del Creador?

Tenemos, pues, hasta ahora dos dogmas, ó si lo preferís, tres principios de la democracia: la soberanía nacional, el sufragio universal y la igualdad. Tres principios que son tres utopías. Prosigamos.

Afirma también la escuela democrática que el hombre tiene derechos derivados íntimamente de su personalidad, y que como tales son *naturales, absolutos, inalienables, ilegislables, ilimitados, innatos, primitivos é imprescriptibles*.—Una pregunta. El hombre ¿tiene derechos naturales? Sí, y todas las escuelas los reconocen. ¿Tiene derechos absolutos é ilegislables? Nó, y el que otra cosa sostenga no tiene para ver que se equivoca más que examinar cualquiera de las leyes que rijan en un país por muy liberal que sea: es seguro que será una limitación ó una reglamentación de esos derechos. Todos los derechos del hombre caen bajo la acción de la ley, y tan cierto es esto que hasta los más respetables, el derecho á la vida, por ejemplo, desaparece ante la conveniencia social. Ni es lícito dudarle, ni aunque se dudase sería razonable.

Unid ahora este concepto de los derechos individuales con el que del Estado tienen formado los Kraussistas, y habreis hallado el ideal de la sociedad tal como lo comprende la moderna democracia. ¿No es verdad, señores, que parece increíble que seriamente se defiendan ciertas cosas? Y, sin embargo, esta es la solución que presentan algunos al problema político en frente de la monarquía constitucional.

Ni en la ciencia, ni en el hecho, ni en la filosofía, ni en la historia, creo yo que hay término de comparación posible entre ambas soluciones; pero ya que no tema

yo por el problema político, porque pienso que hoy está resuelto en la mayoría de las naciones, y en las que no lo esté, se resolverá tarde ó temprano conforme á la razón y á la justicia; permitidme que manifieste aquí con cuánta pena veo que se propaguen ciertas doctrinas, propias de las exageraciones de la democracia, entre las clases populares; que se las hable á todas horas de igualdad, sufragio universal, soberanía nacional y derechos individuales, palabras huecas y vacías de realidad, cuyos sentido y alcance no comprenden, y que no sirven más que para exaltar á las masas, haciendo renacer al compás de sus sonoros ecos las pretensiones más locas. Y al contemplar, señores, de un lado estos apóstoles de la democracia, y de otro el aspecto alarmante que presenta el problema social, entonces solo es cuando se reconoce todo lo intenso del mal, y cuánto han contribuido aquellos á agravarlo.

VI.

No temo afirmarlo, señores. El problema social ofrece en estos momentos proporciones colosales. A todos preocupa, y su solución es el afán constante de los hombres pensadores; pero tengo para mí que no se conseguirá nada provechoso, léjos de eso se aumentará la dolencia, mientras los que se llaman amigos y defensores del pueblo no cambien de ideas y en vez de soñar con abstracciones se hagan más prácticos y ménos utopistas.

Las luchas entre pobres y ricos puede decirse que forman la labor entera de la historia. Siempre lo mismo: el rico temiendo por la seguridad de su riqueza; el

pobre aspirando á hacerse rico; los dos en pugna siempre, en lucha eterna; pero nunca esta contienda fratricida se habia manifestado como hoy, jamás habia ofrecido los caracteres de nuestros tiempos, nunca la miseria afectando á grandes masas sociales, se habia llamado pauperismo.

¡El pauperismo! ¡La miseria! Palabras téticas que por sí resúmen los profundos males que aquejan á las sociedades de hoy en día. Y en verdad, señores, que el hecho es grave y se hace digno de reflexión y de estudio.

Miles de hombres yacen en la miseria. Cuando trabajan pasan casi todo el día en los talleres; lo que ganan apenas basta á sostener su numerosa familia; sufren privaciones, no pueden satisfacer los gustos que anhelan, y cuando se retiran al descanso por la noche, encuentran solo un pequeño tabuco por vivienda, y una débil luz, á cuyo lúgubre iluminar contemplan lo triste de su situación y de su vida.

Frente á estos tenebrosos cuadros se alzan los que producen los adelantos de la edad moderna; y se levantan palacios magestuosos adornados con raso, terciopelo y oro, y se forman bellísimos jardines, embeleso y encanto de los sentidos, y se dán bailes que hacen buenas las más imaginarias creaciones, y se ofrecen suntuosísimos banquetes, y se atraviesan en cómodos carruajes las distancias, y todo es lujo y esplendor y gusto; y el pobre compara, y el desheredado de la fortuna reflexiona y piensa por qué mientras los unos gozan tanto, él arrastra tan mísera existencia.

Ansioso de explicarse en qué consiste esto, se dirige á reuniones donde se anuncia va á tratarse de la clase proletaria: y allí en un local lóbrego ó extrañamente



alumbrado, oye á un orador vestido como él y como el pobre, que diserta sobre las desigualdades sociales, y dice que solo son honrados los pobres, que los ricos son unos tiranos que explotan y viven á costa de los trabajadores, que es necesario reformar la sociedad, y que las injusticias hacen urgente la liquidación social. —El auditorio aplaude frenéticamente; los obreros encuentran en la reunión lo que querían: uno que alhagara sus pasiones y les diese esperanzas de alcanzar mejores días. Salen de aquel local, ébrios de furor y entusiasmados por su causa; convencidos sin saber por qué de lo que han oído, desean al momento llevarlo á la práctica sin reparar en medios, y aquí teneis el origen de los trastornos que amenazan á la sociedad, y esta es la razón por qué la sociedad se conmueve y tiembla cuando se trata la cuestión del pauperismo.

Los obreros en las grandes poblaciones semejan materias inflamables. Nada contentos con su suerte, estallarán ruidosamente á la menor excitación. El obrero se paga de apariencias: falto de moral y de religión solo vé que el rico goza, y que él no puede gozar; cree esto una injusticia, y declara guerra á muerte á los que tienen; sin reparar, señores, que el capital del rico representa muchos años de trabajo, y quizá no pocas privaciones, y que sin capital es imposible toda relación económica porque desaparece la producción.

Preciso es confesar, sin embargo, que no toda la culpa es del trabajador. Los mayores responsables del mal son, á mi juicio, aquellos talentos desgraciados que, por convicción ú obedeciendo á mezquinos intereses, se dedican á predicar los delirios del socialismo y comunismo, y en los talleres esparcen con profusión

libros y proclamas socialistas, y en los garitos defienden con siniestra elocuencia sus doctrinas.

Esto, en último término, exalta las pasiones mal comprimidas de la clase obrera, y tal es así que al socialismo vamos si no se encauza la razón y no se pone un remedio al mal que lamentamos; que socialista es el numeroso y potente partido que aspira en Europa á resolver, sin parar en medios, el problema social, y socialista es también el espíritu que informa las nuevas tendencias de la ciencia económica, reflejadas en los tratadistas alemanes. Y el día que por acaso el socialismo triunfara, ya lo sabeis; la sociedad se extinguiría porque no es posible sociedad cuando se niega el individuo y desaparece la propiedad y la familia.

No es, pues, extraño que ante estos peligros la Europa se preocupe y piense en la cuestión que por su magnitud extraordinaria se llama cuestión social, y es lógico y natural que se propongan remedios para amenguar su importancia y extinguirla con el tiempo. Todas las naciones que figuran al frente de la cultura moderna, estudian en vano esta cuestión, y hasta en nuestra España el gobierno se ha creído en el deber de proponer reformas (que por razones fáciles de adivinar no he de juzgar yo ahora) para salir al frente de las tendencias funestas manifestadas también entre nosotros hace poco en el Congreso sociológico de Valencia, y hoy mismo en la federación de trabajadores de Madrid. Pero hay que confesar al fin y al cabo que de poco ó nada sirven estos paliativos, y que contra más remedios se emplean, más terrible se nos presenta el problema.

¡Ah señores! Mientras no se ataque la cuestión de frente, mientras no se investiguen las causas del mal y se vaya á su raíz, el mal subsistirá siempre y cada vez

tomará más alarmantes proporciones. Y el de nuestros días, señores, más que problema social, es un problema esencialmente moral. Moral, si, porque falta de moralidad acusan las clases trabajadoras con los procedimientos que prefieren para mejorar su angustiada situación, infinitamente ménos angustiada, sin embargo, que en días anteriores; porque su conducta privada es por demás licenciosa, y solo se inspira en los goces materiales; porque han olvidado la Religión, y se cuidan solo de vivir bien en esta tierra perecedera, sin creer en otra vida inmortal y eterna; porque las clases acomodadas no se acuerdan tampoco de los principios religiosos y viven una vida sensual y atea, y porque siguiendo unos y otros tan torcidas sendas, naturalmente, léjos de aliarse y marchar unidos en sus intereses, se van separando más y más, y realizan cada vez de modo más completo su antagonismo absoluto.

El rico, el capitalista olvida en sus placeres al pobre trabajador que padece y sufre. Este por su parte, que no sabe ceñirse á su suerte, porque no vé más allá de este mundo y se han extinguido en él los claros resplandores de la luz cristiana, se muestra dispuesto á cualquier cosa con tal de salir de las estrecheces que le agobian, y aplaude al primer advenedizo que le dice: «roba y mata, que el porvenir es tuyo».

Hé aquí el problema, no es otro: antes que nada es un problema moral. Que en unas y otras clases renazca el sentimiento cristiano; que tengan todos sólidas convicciones religiosas, y que dirijan su vida con arreglo á la moral; y vereis cómo disminuye grandemente la cuestión social, y no presenta como hoy gigantescas proporciones.

La caridad, señores, la caridad; esa virtud sublime

que produce en todo tan mágicos influjos, es la que debe ser ejercida en grande escala. Porque la caridad no se reduce, como muchos creen, á la mísera limosna que con vana ostentación deposita el rico en la mano escuálida del pobre: la caridad es algo más y se manifiesta en múltiples y variadas formas. Y no solo es caritativo el que socorre las necesidades del menesteroso, sino el capitalista que es indulgente con sus obreros, y es razonable al marcarles el salario, y atiende sus justas pretensiones; como también es caritativo el trabajador que teniendo de su parte la fuerza, respeta la propiedad de su amo y no formula súplicas exageradas que carezcan de fundamento racional.

Con la moral por base, ya pueden discutirse luego los demás remedios que para resolver el problema social haya presentado y presente en lo sucesivo la ciencia; pero tened por seguro, señores, que mientras los sanos principios de moral no imperen, la ciencia será estéril, como lo ha sido hasta aquí para disminuir siquiera la importancia de la llamada cuestión social.

Si así no se hace, si no trabajamos todos porque una sólida instrucción y educación moral y religiosa sean el patrimonio principal de las clases obreras; si continuamos lamentando el mal y para atacarlo nos andamos por las ramas, sin tocar su raíz y fundamento; graves peligros amenazan y consecuencias tristes se vislumbran en el porvenir para las naciones europeas. Porque si el socialismo no llega á ser un hecho, al menos sus partidarios serán unos continuos perturbadores del orden, que á cada momento intentarán valerse de la fuerza para llevar á la práctica sus funestos ideales, y lograrán seguramente soliviantar los ánimos y conmover la Europa al solo anuncio de revolución.

VII.

Ya pronuncié, señores, la fatídica palabra. Ella ha estado pugnando por salir de mis lábios desde el principio de este discurso; porque la revolución no se refiere hoy solo á determinado organismo político ó á una fase sola del orden social; la revolución es hoy un fenómeno que amenaza á todos los órdenes: al filosófico como al religioso, al político como al social, y todo se quiere reformar por medio de la fuerza, y se quiere destruir todo lo antiguo al grito pavoroso de revolución.

La edad moderna es llamada con justicia la edad de las revoluciones. Empezamos los modernos viviendo en revolución; revolucionarios continuamos, y en revolución vivimos. Y efecto de esta fiebre revolucionaria que nos domina, es la inestabilidad, la impaciencia, la situación crítica en que nos encontramos. La duda nos persigue, la vacilación impera, y es por esto, porque los cataclismos revolucionarios nos han hecho perder la fé y la esperanza, porque el traqueteo continuo de las revoluciones, nos hace caminar sin rumbo por el piélagos irascible de la vida.

¡Y bien! Al ver de un lado esta intranquilidad y malestar propios de nuestro tiempo, y contemplar de otro lo magnífico y vigoroso de la civilización moderna; al encontrar de un lado tanto bueno, y de otro tanto motivo de abatimiento y de tristeza, y observar que sobre este panorama se halla como culminante el fenómeno de las revoluciones; á cualquier espíritu observador le asaltan problemas que demandan pronta y satisfactoria solución. ¿Es acaso la revolución una necesidad imprescindible? ¿Son legítimas las revoluciones? ¿Han producido bienes á la humanidad?

Señores; estas preguntas se hacen hoy todos los que estudian, estas preguntas se formulan el filósofo y el estadista, todos los que en uno ú otro sentido están encargados del gobierno de los pueblos, y el día que todos estén de acuerdo al contestarlas, y todos las contesten conforme á lo que la razon exige, ¡cuántos días se evitarán de luto! ¡cuán poco volverán á repetirse esas fechas de desolación y muerte que ensangrientan el libro de la historia!

Nó es, nó; no puede ser la revolución necesaria. Para progresar no es imprescindible destruir; basta con que se reforme. Y los atentados, los robos, los asesinatos, los escándalos que á nombre de la civilización se realizan, serán siempre condenados ante el juicio de los hombres imparciales. No ha habido ni habrá en el mundo transformación más profunda que la que operó el Cristianismo, y sin embargo, los apóstoles de la buena nueva no sacrificaron una víctima siquiera. Reformaron la sociedad, y no vertieron una gota de sangre. Este es el modelo, el ideal de las revoluciones. Esto y no otra cosa es lo que exige tambien la razón humana cuando no la guian torcidos fines, porque la razón no puede sancionar por sistema las obras de la fuerza. Y entre la fuerza y la razón, hay que dar siempre la palma al fallo de la razón.

Ni son tampoco las revoluciones legítimas. Y ¿cómo han de serlo si son precisamente la negación de toda ley, la destrucción de todo lo existente, y el elemento devastador que todo lo arrastra en pós de su ímpetu vertiginoso? Por eso, señores, hablar de legitimidad de las revoluciones será siempre un contrasentido absoluto.

Pero yo que en principio condeno toda revolución,

yo que rechazo todo procedimiento de fuerza, no llegaré á decir con autores extremados que las revoluciones no producen más que resultados nefandos, y que no han reportado ningun bien. Lejos de esto, opino que si todas las revoluciones son ilegítimas, alguna puede ser legitimada. Creo que producen muchos males, que causan grandes trastornos; pero algun bien han traido en cambio; que al fin y al cabo por algo es la historia la sucesión de los hechos bajo la dirección de la Providencia.

Yo no quisiera, por no alargar más este ya largo discurso, yo no quisiera descender á analizar hechos concretos: pero ahí teneis sin ir más lejos la tan debatida revolución francesa que tanto se ha censurado y tanto se ha defendido. Pues bien; en medio de sus horrores, en medio de la absurda filosofía que la inspira, en medio de los efectos lamentables que ha producido, una cosa útil se descubre en ella, y es que fué contra el absolutismo de los Reyes.

A cambio empero de esta utilidad tenemos que lamentar terribles males. Lo instable, lo intranquilo de la Europa toda se debe principalmente á la revolución francesa. Cerca de un siglo ha pasado, y todavía no se ha conseguido devolver la tranquilidad á los espíritus. Estudiad la historia contemporánea, y vereis sucederse revolución tras revolución, sin que ninguna lleve á los pueblos el bienestar que desean.

Por esto si alguna vez, y bajo un determinado aspecto, ha podido decirse que la necesidad es una ley, y ha podido erigirse en ley la revolución, casi siempre ha traido hondas perturbaciones, y muy contadas veces, quizá ninguna, se han mantenido los revolucionarios en justos límites, sino que más bien se han excedido, envolviendo algun bien con múltiples trastornos.



Esta es la razón por qué siempre son odiosas las revoluciones, y por qué las debe abandonar todo pueblo culto. Si han tenido lugar en la historia no deben hacerse más; que por algo la humanidad progresa, y sería triste su condición, si á través del adelanto, no supiera sustraerse á todo aquello que aminora y empequeñece sus triunfos.

Hé aquí por qué, señores, los hombres rectos y de proceder justo condenan toda tentativa revolucionaria, y protestan contra esas turbas-multas que, mal aconsejadas, pretenden implantar sus ideales por medio de la fuerza. Hé aquí por qué también os decía yo antes que era preciso á todo trance salir al encuentro y cortar en su raíz las tendencias destructoras que se agitan en ciertos elementos sociales.

VIII.

Y urge hacerlo por otras además de las causas indicadas. El mundo, ha dicho en ocasión solemne un estadista eminente, gloria legítima de nuestro país (1), está preñado de luturas, inmensas, inauditas guerras. La guerra será inevitable mientras los hombres se dejen guiar por sus pasiones, y más ahora en que por doquiera nace antagonismo y diferencia, en que cada nación procura por sí, celosa de su existencia, reflejándose en todo, lo transitorio y excepcional de la época presente, época que á pesar de sus nebulosidades y de los muchos y graves problemas que tiene por resolver, no hay que dudar que lleva en sí un fin providencial y grande; tan

(1) Discurso leído por el Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO en el Ateneo de Madrid en el año 1882.

grande, que nos es imposible comprenderlo; pero que ¡quién sabe! quizá sea su resultado llevar las glorias de la civilización á los pueblos todos de la tierra. (1)

Y considerad, señores, cuando esto es lo que se vé en el porvenir, cuando las naciones necesitan concentrarse y conservarse para ocupar su puesto en los acontecimientos que á la corta ó á la larga han de tener lugar; considerad, decía, el producto nefasto que traerían las revoluciones, desorganizando el interior de los Estados en época precisamente en que más se requiere organización y fuerza.

Por esto mismo pareceme irrealizable el pensamiento atribuido á insignes estadistas, de verificar el desarme general de Europa, cosa tan imposible hoy, á mi juicio, que pugna con las corrientes de ahora, y es contrario al espíritu y tendencias que predominan. Idea es, sin embargo, noble, que merece aplauso; como tambien es nobilísimo el sentimiento que inspira á los que sueñan con un feliz estado de paz universal; pero uno y otro se vislumbran léjos y desde luego no serán un hecho en tanto que el progreso no sea una verdad para todas las gentes del planeta (2).

¡El progreso! Difícil y dilatado camino éste, por el cual hace que andamos diez y nueve siglos, y todavía no adivinamos el fin. La humanidad progresa, esto es indudable, y en progresar consiste su misión. La civilización es, señores, la palabra que llena las páginas todas de la historia.

La edad moderna significa un progreso respecto de las anteriores. En nuestro siglo los adelantos han sido

(1) CÁNOVAS. *Ibidem.*

(2) *Ibidem.*



más y mayores que en los otros siglos. Lo que hay es que al progreso de hoy le falta algo y no es completo, pues como al principio os decía, se ocupa antes que nada de lo positivo, y abandona lo que nó por ser ménos tangible es ménos provechoso. Es como un cadáver encerrado en un mausóleo de preciosos mármoles jaspeados. Hoy se hace necesario cultivar el mundo del espíritu, llevar la atención al mundo moral, y en esto consiste todo el problema de nuestro tiempo. Y que progresarémos moralmente, yo no lo dudo. No creo, como otros creen, que padecemos de mal incurable, ni juzgo por tanto oportuno hacer fatídicos preludios á la sabiduría divina relegados. Antes bien; pienso que en nuestros días la fé está amortiguada, no extinguida. Avivarla es preciso, que si despierta; el porvenir será patrimonio de la verdad, y unidos los adelantos en el órden moral, con los que en el material se han conseguido, las conquistas se repetirán por modo extraordinario, y habrémos realizado el ideal que hace tantos siglos perseguimos.

Más no olvidemos, señores, en este nuestro camino que continuamente recorreremos, que no por andar mucho se progresa más. Progresar es subir: el modelo á que hemos de ajustarnos no está enfrente sino arriba; y tal es así, y tan yo deseo que la humanidad ascienda, y que nuestra España sea la primera en mirar hácia lo alto, que quisiera ver formado un cono, cuyo vértice estuviera en Dios y su base en el suelo sagrado de mi patria.

HE DICHO.

